

¿POR QUÉ SOY UN CRISTIANO BAPTISTA? Marcos 1: 1-8

¿Alguna vez se ha preguntado usted por qué pertenece o asiste a una Iglesia Bautista? ¿Por qué no a una Iglesia Pentecostal, Metodista, Presbiteriana, etc.? ¿Será acaso que la iglesia Bautista es la mejor? No creo que a Dios le agrade nada el compararnos así con nuestros hermanos de otras denominaciones. Esta sería una actitud reprobada por el Señor, como en su tiempo reprobó la actitud de los fariseos en la parábola del fariseo y el publicano (*Lc. 18:9-14*).

¿Será entonces acaso porque somos la denominación más pura, más santa y más Bíblica? Bueno, mi pureza y santidad no dependen de una denominación sino de mi relación con Cristo. En cuanto a lo Bíblico, tenemos que reconocer que aquí es en donde encontramos diferencias de interpretación que nos llevan a tener diferentes posturas doctrinales con otras denominaciones, pero estas diferencias ocurren aún entre los mismos bautistas. Así es que no soy bautista necesariamente porque sea el más Bíblico de todos. O dicho de otra forma, ser Bíblico no me hace bautista. Ser Bíblico me hace ser mejor cristiano y esto no es un objetivo exclusivo de los bautistas.

Cuando hablamos del término *bautista* se nos vienen a la mente inmediatamente dos imágenes: Juan el Bautista y la palabra bautismo. Pero no somos bautistas porque seamos seguidores de Juan, en todo caso, seríamos "*Juanistas*", o "*discípulos de Juan*"; nosotros somos seguidores de Cristo, que es el sentido de la palabra *cristiano*. Antes que ser bautista soy cristiano. Mucho más importante que ser bautista es ser cristiano. La Iglesia Bautista no salva; sólo Cristo salva.

Muchos creen que ser bautista significa que enfocamos en el bautismo y eso es un error. Enfocar en el bautismo sería nuestro fundamento doctrinal y eso no es así; nuestro fundamento es Cristo y la Salvación por medio de Él. Cristo no bautizó (*Jn. 4:2*), y Pablo solo bautizó a unos cuantos (*1Co. 1:14-17*). Enfocar en el bautismo significaría que le atribuimos a esta ordenanza ciertas atribuciones que no tiene, como por ejemplo el perdón de pecados y la salvación, y el requisito para participar en la Cena del Señor, etc. Aun así, los bautistas sostenemos que es una ordenanza dada por el Señor que hay que cumplir en obediencia y con

gozo porque es una manifestación pública de que se es creyente en Cristo. Es decirle al mundo que Cristo está transformando la vida del creyente. Es el símbolo de una renovación espiritual y el inicio de una nueva vida. Es la forma de decir que se es discípulo de Cristo. Es la manera de representar el agrado de Dios al salvar a una persona. Entonces, no somos bautistas porque andemos bautizando así nomás a todo el mundo. El bautismo es algo bastante importante que se debe tomar con seriedad y compromiso.

Ciertamente los bautistas tenemos una serie de doctrinas y posturas bien firmes y definidas, pero no son ellas las que nos hacen bautistas. Y, aunque no somos “*Juanistas*”, nuestra denominación sí tiene que ver con este siervo de Dios y, por supuesto, con la palabra bautismo. Entonces, ¿qué nos hace bautistas Bíblicamente hablando? El desarrollo del pasaje Bíblico de hoy nos dará la respuesta.

“Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios” (v.1).

La palabra *Evangelio* se puede traducir como “*Buenas Nuevas*”, o “*Buenas Noticias*”; tiene el sentido de un nuevo estilo de vida o una nueva forma de vivir. Esa nueva forma de vivir significa la libertad del pecado y la vida bajo la gracia de Dios y no bajo la Ley de Moisés. El Evangelio de Marcos comienza así porque es precisamente el tema del Evangelio de Jesucristo lo que va a desarrollar en su mensaje.

El Evangelio que se centra en Jesucristo es el verdadero Evangelio. El *evangelio* que se centra en el hombre es falso. El Evangelio que se centra en Jesucristo habla del pecado y del perdón, de juicio y de justicia, de entrega, de servicio, de compromiso, de amor a Dios y al prójimo. El *evangelio* que se centra en el hombre habla de riquezas, posiciones de poder, “*pactos*” con Dios, etc.

Mateo, por poner un ejemplo, comienza su escrito con la genealogía del Señor Jesús para demostrar Su linaje real, es decir, que viene de la línea de David y por lo tanto tiene derecho al trono, o sea, tiene el derecho legal de ser Rey. Pero Marcos comienza directamente con el ministerio del Señor. Marcos muestra trabajando en la salvación desde el principio al Señor Jesús.

Antes de hablar de Jesucristo, para Marcos es importante resaltar que hay una profecía dada hacía muchos siglos atrás que se estaba cumpliendo en ese momento de la historia:

“Como está escrito en Isaías el profeta: He aquí yo envío Mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de Ti. Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas” (vv.2-3).

Marcos toma dos palabras proféticas del Antiguo Testamento para justificar la presencia del personaje que quiere introducir en su escrito antes de hablar del Señor Jesús. Muchas palabras proféticas tienen dos cumplimientos: uno inmediato o cercano, y otro futuro. Con esto en mente podemos entender las dos palabras proféticas que se estaban cumpliendo. La primera está tomada del Profeta Malaquías: *“He aquí, Yo envío Mi mensajero, el cual preparará el camino delante de Mí; y vendrá súbitamente a Su Templo a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Mal. 3:1).* En otras palabras, en su cumplimiento futuro, Dios dice que antes de que mande al Mesías prometido, enviará primero a alguien, un mensajero, que es quien le abre camino para Su entrada. La segunda palabra profética está tomada del Profeta Isaías: *“Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios (Is. 40:3).* Dios iba a guiar a su remanente que quedaba en Babilonia de regreso a Judá. En su cumplimiento futuro, encontramos en el Nuevo Testamento que Dios usará a un hombre para guiarlos hacia el Mesías prometido, el que traería la salvación para Israel y para el mundo entero. ¿Quién es ese hombre?

“Bautizaba Juan en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados. Y salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados” (vv.4-5).

Los cuatro Evangelios conectan la palabra profética de Isaías con la persona y ministerio de Juan el Bautista, quien es el que prepara el camino para el Señor Jesús. Dios había guardado silencio por 400 años (aunque por supuesto que no había estado inactivo) y después de todo este tiempo llega por fin un profeta de Dios. El pueblo estaba ansioso de saber qué tenía que decirles Dios a través del siervo. De esta manera, Juan se convertiría en una figura bastante reconocida, escuchada y respetada en la comunidad judía (Mt. 11:11; 14:5; 21:25-26). Juan anuncia la venida de Cristo, el Mesías prometido que por fin traería la libertad a Israel, y anuncia la Salvación que solamente el Mesías puede dar. Juan el Bautista era considerado como un profeta de Dios por judíos y muy respetado aún por los no judíos. El Señor Jesús lo reconoce como el cumplimiento profético

de Malaquías y dice que Juan es el más grande de todos los profetas en la historia (Mt. 11:7-15 / Lc. 7:18-28).

Juan bautizaba en agua; de allí su sobrenombre o título de “el Bautista”. El bautismo que practicaba Juan era un bautismo de arrepentimiento. En el Antiguo Testamento el agua es comúnmente usada como un instrumento de purificación (Lv. 17:15; 22:4-6 / Nm. 19:11-12). En el judaísmo, el bautismo era un ritual de limpiamiento y, en ese sentido, una persona podía estar en el agua (bautismo) muchas veces. También era un requisito para toda aquella persona que se *convertía* a la religión judía. Pero el bautismo de Juan era un bautismo diferente; era un bautismo que apuntaba hacia la transformación de la persona, hacia el darle vuelta al pecado y a marcar cambio muy importante en la vida de una persona. En otras palabras, no era solamente ir a lavarse porque pecó la persona, era mostrar una actitud de arrepentimiento para no volver a fallar.

Por eso, los que entendían este mensaje de Juan venían de todas partes, confesaban sus pecados (arrepentimiento) y eran bautizados por él en el Río Jordán. ¿Por qué en el Jordán? Seguramente porque el río recordaba el cruce del pueblo de Israel para tomar posesión de la Tierra Prometida. El río era un símbolo de renovación nacional, el inicio de una nueva vida y el cumplimiento de las promesas de Dios. El bautismo de Juan era eso mismo; un símbolo de renovación espiritual, el inicio de una nueva vida más pura, más santa y el cumplimiento de la promesa de Dios de perdonar los pecados de toda aquella persona que confiesa y se arrepiente de sus pecados.

“Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre” (v.6).

El ministerio de Juan el Bautista está asociado con el ministerio del Profeta Elías, quien fuera uno de los más grandes y reconocidos profetas de Israel. Juan el Bautista es el cumplimiento profético del Profeta Malaquías quien escribió: *“He aquí, yo os envió el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible” (Mal. 4:5)*. Esta profecía fue dada muchos años después que murió el Profeta Elías y muchos años antes de que naciera Juan el Bautista. El ángel que anunció el nacimiento de Juan a su padre Zacarías dijo: *“E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (Lc. 1:17)*; y así lo reconoce el Señor Jesús cuando dice: *“Porque éste es de*

quien está escrito: He aquí, Yo envío Mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti...Porque todos los profetas y la Ley profetizaron hasta Juan. Y si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir. El que tiene oídos para oír, oiga” (Mt. 11:10,13-15).

El Profeta Elías es descrito como alguien que vestía ropa de pelo (probablemente de camello) y con un cinto de cuero (2R. 1:8), igual que vestía Juan.

“Y predicaba, diciendo: Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de Su calzado. Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero Él os bautizará con Espíritu Santo” (vv.7-8).

Juan tenía bien claro que el Evangelio no se trataba de Él sino del Señor Jesús, por lo tanto, Juan no era el personaje central en quien debían estar enfocadas las miradas de todos sino el Señor Jesús. La actitud de Juan es una actitud bastante humilde. No pretendió jamás ser el protagonista de la historia y nunca sintió celos de que sus discípulos fueran tras el Señor Jesús.

Desatar la correa del calzado era el trabajo de los esclavos. En su humildad, Juan ni siquiera se considera digno de ser esclavo del Mesías, del Cristo, del Ungido de Dios. Ojalá tomaran ejemplo de esto todos los lobos que abusan del pueblo de Dios exprimiéndole a la gente hasta lo que no tiene. A estos denunció el Señor Jesús diciendo: *“Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?” (Mt. 7:15-16).* Pero ojalá también ese pueblo tomara conciencia si tan solo estudiara las Escrituras.

Juan bautizaba con agua, pero pronto vendría un bautismo mucho más importante y Juan apuntaba hacia allá. Esto nos enseña que nosotros podemos hacer mucho bien en la vida de las personas, y debemos de hacerlo, pero lo mejor que podemos hacer por ellos es guiarlos a Cristo, tal como hacía Juan el Bautista. Quiero decir con esto que el bautismo de Juan era para que la persona manifestara su arrepentimiento por el pecado (lo cual es muy bueno), pero el bautismo del Señor Jesús, con el Espíritu Santo, era la confirmación de que Dios los había perdonado y les daba la vida eterna (lo cual es mejor). Esta fue la promesa que el Señor Jesús les hizo a Sus discípulos el día que ascendió al cielo (Hch. 1:5). Esto quiere decir que las palabras de Juan se referían a lo que iba a ocurrir el

día de Pentecostés cuando el Espíritu Santo sería derramado y nacería así la Iglesia Cristiana (Hch. 2). El Apóstol Pedro así lo entendió también cuando dijo: *“Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo”* (Hch. 11:15-16). Juan era sólo un instrumento de Dios. Dios era el que hacía la obra. Juan estaba consciente de ello y por ello guiaba a las personas hacia Cristo.

Conclusión.

Antes que ser bautistas, o miembro de cualquier denominación cristiana, somos cristianos, creyentes y seguidores de Cristo Jesús. Pero por las diferentes interpretaciones y posturas Bíblico-teológicas, por la forma en que desarrollamos nuestros servicios, y porque nos identificamos con ello, nos hemos agrupado en diferentes comunidades de fe llamadas denominaciones. El pentecostal es pentecostal porque enfoca en el desarrollo de los dones y particularmente en el uso de las lenguas derramadas el día de Pentecostés. Su enfoque está muy cargado hacia la Persona del Espíritu Santo. El presbiteriano es presbiteriano porque su gobierno como iglesia es a través del ministerio de los ancianos o presbíteros. Cada denominación tiene su razón de ser para llamarse como se llame.

Pero los bautistas somos bautistas no porque enfoquemos en el bautismo porque tenemos claro que, aunque es una ordenanza del Señor, el bautismo no salva, no lava pecados, no perdona pecados; sólo Cristo lo hace. La mayoría de las denominaciones cristianas practican el bautismo y no son bautistas; pero lo hacemos en obediencia al mandato del Señor de hacer discípulos bautizándolos en el Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a vivir en obediencia y a desarrollar su fe (Mt. 28:19-20). Por eso somos bautistas, porque hacemos discípulos; el bautismo es la manifestación pública de que se es salvo y discípulo de Cristo.

Somos bautistas porque nuestro ministerio comienza con la predicación del Evangelio de Jesucristo para perdón de los pecados, para salvación y vida eterna. Somos bautistas porque predicamos un mensaje de arrepentimiento de pecados y la advertencia de un juicio venidero. No comenzamos predicando que con Cristo está la solución de problemas financieros, de salud, familiares, matrimoniales, de trabajo, etc.

Somos bautistas porque el centro de lo que hacemos es Cristo. Sin embargo, como a nadie le gusta que le llamen pecador, ni que le hablen del castigo eterno en el infierno; como a nadie le gusta que le digan que tiene que cambiar de estilo de vida, que tiene que entregar su vida a Cristo si quiere ser salvo, que es necesario comprometerse con Él y con Su obra de Salvación, entonces el Evangelio se hace difícil de predicar. Por eso muchos prefieren esconderse en su religión pensando que ésta lo cubre todo. Así pensaban los judíos y ya hemos visto cuán equivocados estaban.

Pero también debo decir que otros han preferido *endulzar* y suavizar el mensaje quitando las palabras *arrepentimiento, pecado, infierno, etc.*, y han sustituido estas palabras por *prosperidad, sanidad, "todo está bien", Cristo soluciona todos tus problemas* (materiales, económicos, matrimoniales), etc.

Somos bautistas porque somos los anunciadores de Cristo. Somos embajadores, es decir, representantes enviados de Cristo (2Co. 5:20), porque somos los que abrimos camino para que Él pase trayendo salvación y vida eterna a toda persona que quiera escuchar Su mensaje, lo reciba y le entregue su vida al Él. Somos bautistas porque somos una voz en el desierto. En el desierto es muy probable que pocos escuchen, pero estamos conscientes que esos pocos son los llamados por el Señor. Nuestro trabajo es encontrarlos y guiarlos a Cristo.

Somos bautistas porque enfocamos en Cristo, tanto en Su Palabra, como en Su estilo de vida que tomamos como modelo para imitar. Juan el Bautista dijo: *"Es necesario que Él crezca, pero que yo mengüe"* (Jn. 3:30). El bautista sabe que el ministerio se trata de Cristo, no del hombre; que se trata de levantar Su Nombre, no el de un hombre; que se trata de que lo vean a Él, no al hombre. Él y que solamente Él es el centro de todo, no el hombre.

Así es que, somos bautistas porque, con toda humildad, seguimos desarrollando el ministerio de Juan el Bautista, abriendo camino a Cristo anunciándolo, siendo humildes, haciendo discípulos y bautizándolos en el Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.... Amén... Vamos a orar...